

quien le lleva de acá cartas de favor para ministros, y créese que ha de topar con Radamanto, y pregunta por el Cerbero y Aqueronte, y no puede creer sino que se los esconden. ¿Qué géneros de penas les dan á los poetas? repliqué yo. Muchas, dijo, y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros; y á los mas es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene nail años de infierno, y aun no acaba de leer unas endechillas á los celos: otros verás en otra parte aporrearse, y darse de tizonazos sobre si dirá faz ó cara. Cuál para hallar un consonante, no hay cerco en el infierno, que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y mas mal lugar tienen, son algunos poetas de comedias, por las muchas reinas que han hecho, las infantas de Bretaña que han deshonorado, los casamientos desiguales que han efectuado en los fines de las comedias, y los palos que han dado á muchos hombres honrados, por acabar los entremeses. Mas es de advertir, que los poetas de comedias, no están entre los demás, sino que por cuanto tratan de hacer enredos y marañas, se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que solo trata de eso. Y en el infierno están todos aposentados así: que un artillero que bajó allá el otro dia, queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que habia tenido, dijese, que hacer tiros en el mundo, fué remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre, porque dijo que habia vivido de cortar de vestir, fué aposentado con los maldicientes. Un ciego que quiso encajarse con los poetas, fué llevado á los enamorados, por serlo todos. Los que venian por el camino de los locos, ponemos con los astrólogos; y á los por mentecatos, con los alquimistas. Uno vino por unas muertes, y está con los médicos. Los mercaderes, que se condenan por vender, están con Judas. Los malos ministros, por lo que han tomado, alojan con el mal ladron. Los necios están con los verdugos. Y un aguador, que dijo habia vendido agua fria, fué llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres dias há, y dijo, que él se condenaba por haber vendido gato por liebre, y pusímoslo de piés con los venteros, que dan lo mismo. Al fin el infierno está repartido en estas partes. Oíte decir antes de los enamorados; y por ser cosa que á mí me toca, gustaria saber si hay muchos. Mancha es la de los enamo-

ados, respondió, que lo toma todo, porque todos lo son de sí mismos: algunos de sus dineros: otros de sus palabras: otros de sus obras: y algunos de las mujeres; y de estos postreros hay menos que de todos en el infierno, porque las mujeres son tales, que con ruindades, con malos tratos y peores correspondencias, les dan ocasiones de arrepentimiento cada día á los hombres. Como digo, hay pocos de estos, pero buenos, y de entretenimiento, si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados, y en deseos, se van por la posta al infierno, sin saber cómo, ni cuándo, ni de qué manera. Hay amantes lacayuelos, que arden llenos de cintas: otros crinitos, como cometas, llenos de cabellos, y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas, ahorran veinte años de leña á la fábrica de la casa, abrasándose, ardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas, enamorados de doncellas, con las bocas abiertas y las manos estendidas. De estos, unos se condenan por tocar, sin tocar pieza, hechos bufones de los otros, siempre en víspera del contento, sin tener jamás el día, y con solo el título de pretendientes. Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustos, sin poderlos descubrir. Detrás de estos, en una mazmorra están los aduladores: estos son los que mejor viven y peor lo pasan, pues otros les sustentan la cabalgadura, y ellos lo gozan. Gente es esa, dije yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera. Abajo, en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de rastro (quiero decir cuernos), están los que acá llamamos cornudos: gente que aun en el infierno no pierden la paciencia, que como la llevan hecha á prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas, que los diablos, de hombres de tan mal gusto, aun no pensamos que estamos seguros; y si no estuviesen con prisiones, Barrabás aun no tendrá bien guardadas las asentaderas de ellos; y tales como somos, les parecemos blancos y rubios. Lo primero que con estos se hace, es condenarles la lujuria y su hermandad á perpetua cárcel. Mas dejando estos, os quiero decir, que estamos muy sentidos de los potajes que haceis de nosotros, pintándonos con garras, sin ser aguiluchos, con colas, no habiendo diablos rabones, con cuernos, no siendo casados, y mal barbados siempre, habiendo diablos de nosotros, que podemos ser

ermitaños y corregidores. Remediad esto, que poco há que fué Gerónimo Bosco allá; y preguntándole por qué habia hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños? dijo: Porque no habia creido nunca que habia demonios de veras. Lo otro y lo que mas sentimos, es que hablando comunmente, soleis decir: Miren el diablo del sastre; ó diablo es el sastrecillo. A sastres nos comparais, que damos leña con ellos al infierno, y aun nos hacemos de rogar para recibirlos; que si no es la póliza de quinientos, nunca hacemos recibo por no malvezarnos y que ellos no aleguen posesion. *Quoniam consuetudo est altera?* y como tienen posesion en el hurtar y quebrantar las fiestas, fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes, como si fuesen de casa. Tambien nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo; y en enfadándoos algo, luego decís: Pues el diablo te lleve. Pues advertid, que son mas los que se van allá, que los que traemos; que no de todos hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo, y no lo toma el diablo; porque hay algun mal trapillo que no le tomará el diablo. Dais al diablo un extranjero, y no le toma el diablo; porque hay italiano que tomará al diablo: y advertid, que las mas veces dais al diablo lo que él ya se tiene: digo, nos tenemos. ¿Hay reyes en el infierno? le pregunté yo: y satisfizo á mi duda, diciendo: Todo el infierno es figuras; y hay muchos de los gentiles, porque el poder, libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio, y llegan los vicios á su estremo; y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos, y con la grandeza puestos á dioses, quieren valer punto menos y parecerlo; y tienen muchos caminos para condenarse, y muchos que los ayudan: porque uno se condena por la crueldad; y matando y destruyendo, es una guadaña coronada de vicios, y una peste real de sus reinos: otros se pierden por la codicia, haciendo almacenes de sus villas y ciudades, á fuerza de grandes pechos, que en vez de criar, desustancian: y otros se van al infierno por terceras personas, y se condenan por poderes, fiándose de infames ministros; y es dolor verlos penar, porque como bozales en trabajos, se los dobla el dolor con cualquier cosa. Solo tienen buenó los reyes, que como es gente honrada, nunca vienen solos, sino con punta de dos ó tres privados, y á veces el encaje, y se traen todo el reino tras sí, pues todos se gobiernan por ellos;

aunque privado y rey es mas penitencia que oficio, y mas carga que gozo; ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado, pues de ellas nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores, y estos tormentos los califican para el descanso. Los malos reyes se van al infierno por camino real, y los mercaderes por el de la plata. ¿Quién te mete ahora con los mercaderes, dijo Calabrés? Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos, y ahitos, y aun los vomitamos: vienen allá á millares, condenándose en castellano y en guarismo; y habeis de saber que en España, los misterios de las cuentas de los extranjeros, son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas; y no hay renta que si la cogen en medio el tajo de sus plumas, y el jarama de su tinta, no la ahoguen.

Y en fin han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asiento; que como significa otra cosa, que me corro de nombrarla, no sabemos cuando hablan á lo negociante, ó cuando á lo deshonesto. Hombre de éstos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganaria con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces, que acá los permitieron. ¿Luego algunos jueces hay allá? Pues no, dijo el espíritu: los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que mas provecho y fruto nos da á los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada dia. De cada escribano cogemos veinte oficiales; de cada oficial treinta alguaciles; de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro. ¿Tambien querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde á los dioses? ¡Y cómo que no hay justicia! ¿Pues no has sabido lo de Astrea, que es la Justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo? Pues por si no lo sabes, te lo quiero contar. Vinieron la Verdad y la Justicia á la tierra: la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la Verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La Justicia de desacomodada anduvo por la tierra, rogando á

todos, y viendo que no hacian caso de ella, y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo: salióse de las grandes ciudades y cortes, y fué á las aldeas de villanos, donde por algunos dias escondida en su pobreza, fué hospedada de la Simplicidad, hasta que envió contra ella requisitorias la Malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era? Y ella, que no sabe mentir, decia, que la Justicia. Respondíanle todos: Justicia, y no por mi casa: vaya por otra; y así no entraba en ninguna: subióse al cielo, y apenas dejó acá pisadas. Los hombres que esto vieron, bautizaron con sus nombres algunas varas, que arden muy bien allá, y acá solo tienen nombre de justicia ellas y los que las traen; porque hay muchos de estos, en quien la vara hurta mas que el ladron con ganzúa, llave falsa, y escala. Y habeis de advertir, que la codicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió; las unas para vivir, y las otras para vivir bien. ¿No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? ¿No hurta con el entendimiento el letrado, que le da malo y torcido á la ley? ¿No hurta con la memoria el representante, que nos lleva el tiempo? ¿No hurta el amor con los ojos? ¿El discreto con la boca? ¿El poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos? ¿El valiente con las manos? ¿El músico con los dedos? ¿El gitano y cicatero con las uñas? ¿El médico con la muerte? ¿El boticario con la salud? ¿El astrólogo con el cielo? Y al fin cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los piés, ase con las manos, y atestigua con la boca, y al fin, son tales los alguaciles, que de ellos y de nosotros defienden á los hombres pocas cosas.

Espántome (dije yo) de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres, pues son de casa. No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados y cansados, y á no haber tantas allá, no era muy mala habitacion el infierno, y diéramos, porque enviudáramos en el infierno mucho, que como se urden enredos, y ellas, desde que murió Medusa la hechicera, no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida, que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos

puntos mas. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas, por la cual se puede tratar con ellas, que como están desesperadas, no piden nada. ¿De cuáles se condenan mas, feas ó hermosas? Feas, dijo al instante, seis veces mas, porque los pecados, para aborrecerlos, no es menester mas que cometerlos; y las hermosas que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse, y arrepiéntense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres; y despues que se usan ojinegras y cariaguileñas, hierva el infierno en blancas, en rubias, y en viejas mas que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas, espiran gruñendo. El otro dia llevé yo una de setenta años, que comia barro y hacia ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas, porque pensasen que las tenia; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas, y atada la frente, huía de los ratones, y traía galas, pensando agradarnos á nosotros: pusímosla allá por tormento al lado de un lindo de estos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos. En todo esto estoy bien, le dije; solo querria saber si hay en el infierno muchos pobres. ¿Qué es pobres? replicó el hombre. Dije yo, que no tienen nada de cuanto tiene el mundo. ¿Hablara yo para mañana! dijo el diablo. Si lo que condena á los hombres, es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis, porque aun diablos les faltan á los pobres: y á veces mas diablos sois unos para otros, que nosotros mismos. ¿Hay diablo cómo un adulador? ¿Cómo un envidioso? ¿Cómo un amigo falso? ¿Y cómo una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo, ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien, y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo, y poner precio al dia, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente, y aguarda todo lo por venir, como todos ellos? Cuando el diablo predica, el mundo se acaba. ¿Pues cómo, siendo tú padre de la mentira (dijo Calabrés), dices cosas, que bastan á convertir una piedra? ¿Cómo? respondió: Por haceros mal, y que no podais decir que faltó quien os lo dijese. Y advierta que en vuestros ojos

veo muchas lágrimas de tristeza, pocas de arrepentimiento, y de las mas se deben las gracias al pecado que os harta ó cansa, y no á la voluntad que por malo le aborrezca. Mientes, dijo Calabrés, que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido; y en pena saldrás hoy de ese hombre. Apremióle á que callase: y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

V. E. con curiosa atencion mire esto, y no mire á quien lo dijo, que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua.

FIN DE EL ALGUACIL ALGUACILADO.

LAS ZAHURDAS DE PLUTON.

CARTA Á UN AMIGO SUYO.

Envío á Vmd. este discurso tercero al Sueño y al Alguacil, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha): quiera Dios halle algun agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo, que con esto tendré algun premio de los que da el vulgo con mano escasa: que no soy tan soberbio, que me precie de tener envidiosos; pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Vmd. comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, mientras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á Vmd. paz y salud. Del Fresno, y mayo 3 de 1608.—Don Francisco de Quevedo Villegas.

PRÓLOGO

AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR.

Eres tan perverso, que ni te obligué llamándote pio, benévolo, ni benigno en los mas discursos, porque no me persiguieses, y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno: no me arguyas de maldicienté, porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está: toma el infierno que te bastare, y calla. Y si algo no te pareciere bien, ó

ó lo disimula piadoso, lo enmienda docto, que errar es de hombres, y ser herrado de bestias ó esclavos. Si fuere oscuro, nunca el infierno fué claro: si triste y melancólico, yo no he prometido risa: solo te pido, lector, y aun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones, ni ofendas con malicia mi buen celo; pues lo primero guardo el decoro á las personas, y solo reprendo los vicios; murmuro de los descuidos y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios: y al fin, si te agradare el discurso, tu te holgarás; y si no, poco importa, que á mí de tí ni de él se me dá nada. Vale.

DISCURSO.

Yo, que en el sueño ví tantas cosas y en el alguacil alguacilado oí parte de las que no habia visto, como sé que los sueños las mas veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos esconden, ví, guiado de mi genio, lo que se sigue por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenia la vista (muda recreacion, y sin respuesta humana): platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cual es de peregrino nuestro deseo, que no halló paz en nada de esto. Tendí los ojos, codicioso de ver algun camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacieran de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huian de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos, asperezas y malos pasos. Con todo ví algunos que trabajaban en pasarla; pero para ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo, es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar por aquel desierto á caballo, me dijo: Déjese

de caballerías, y caiga de su asno. Y miré con todo eso, y no ví huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar, que no había señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás. Pregunté espantado de esto, á un mendigo, que estaba descansando y tomando aliento, si acaso había ventas en el camino, ó mesones en los paraderos. Respondióme: venta aquí, señor, ni meson, ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer: el vivir es caminar: la venta es el mundo; y en saliendo de ella, es una jornada sola y breve: desde él á la pena ó á la gloria. Diciendo esto se levantó, y dijo: quedaos con Dios, que en el camino de la virtud, es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho. Comenzó á andar, dando tropezones, zancadillas, y suspirando. Parecia que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los piés, y hacer tratables los abrojos. ¡Pesia tal, dije yo en mí, pues tras ser el camino tan trabajoso, es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida! Para mi humor es bueno. Dí un paso atrás, y salíme del camino del bien, que jamás quise retirarme de la virtud, que tuviese mucho que desandar ni que descansar. Volví á la mano izquierda, y ví un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol, en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo, que siempre oí decir: dime con quien andas, y diréte quien eres, por ir con buena compañía, puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él, como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que había menester, porque aquí todos eran bailes, fiestas, juegos y saraos, y no el otro camino, que por falta de sastres, iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobraban mercaderes, joyeros, y todos oficios: pues ventas, á cada paso: bodegones, sin número. No podré encarecer que contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, sí con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra de ellos que iba delante de unos jueces. No digo esto, porque fuese menor el batallon de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzo-

ñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir el camino el ver, no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caian, que no se podian tener; y entre ellos fué de ver el cruel resbalon que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habian derramado en el camino, que por ser agua, se les fueron los piés, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud mas trabajados. Hacíamos burla de ellos, llamándoles heces del mundo, y desechos de la tierra. Algunos se tapaban los oidos, y pasaban adelante: otros que se paraban á escucharnos, de ellos desvanecidos de las muchas voces, y de ellos persuadidos de las razones, corridos de las vayas, caian, y se bajaban. Ví una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde léjos parecia que iban con ellos mismos; y llegado que hube, ví que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. Iban muchas mujeres tras estos, los cuales, siendo enredos con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpícando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado, y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos, juzgan el secreto mas oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara: bien que hay muchos buenos, mas son diferentes de estos, á quienes antes se les ve la disimulacion que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplausos de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores, y los mas malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad; pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban estos solos aparte, y reputados por mas necios que los moros, mas zafios que los bárbaros, y sin ley; pues aquellos ya que no conocieron la vida eterna, ni la van á gozar, conocieron la presente, y holgáronse en ella; pero los hi-

pócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan, y en la otra son atormentados: y en conclusion, de estos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros: los ricos tras la riqueza: los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó, van por un camino. Los discretos, por no dejarse gobernar de otros, y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes; la pasion á las mal gobernadas justicias; y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Ví algunos soldados, pero pocos, que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados, honradamente triunfando; pero los pocos que nos cupieron acá, era gente, que si como habian estendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros solos iban muy desnudos: que por la mayor parte los tales que viven por su culpa, traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habian visto, los malos pasos que habian andado (que nunca estos andan en buenos pasos). Nada los oimos: solo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros: ¿Qué digo, camarada? ¿Qué trances hemos pasado, y qué tragos? Lo de los tragos se les creyó. Miraban á estos pocos los muchos capitanes, maestros de campo, generales de ejércitos, que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir á uno de ellos, que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de lata llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos: ¿Qué digo, soldados por acá? ¿Esto es de valientes, dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que solo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: mata ó muere. Reprended la hambre del premio, que de buen varon es seguir la virtud sola, y de codiciosos los premios no mas; y quien no sosiega en la virtud, y la sigue por el interés y mercedes que se siguen, mas es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de percederos bienes. Ella es don de sí misma: quietaos en ella. Y aquí alzó la voz y dijo: Advertid, que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan

mas dañoso vencimiento; y advertid, que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida; pues perdiéndolas por ellos, los mas dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved. Oyéronle ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados se encaminaron bien con los demás soldados. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros. No sé como al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdicion: porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veian al suyo ancho, y el nuestro angosto, pensando que habian errado, ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Ví una mujer que iba á pié, y espantado de que mujer se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que me diera fé de ello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningun escribano ni alguacil; y como no los ví en él, luego colegí que era aquel el camino, y este otro al revés. Quédé algo consolado, y solo me quedaba duda, que como yo habia oído decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino de él, y veia que todos se iban holgando, cuando me sacó de esta duda una gran parva de casados, que venian con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno del marido; pues por darle la perdiz y el capon, no comia; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes, iba en cueros; y al fin conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte; y ellos y ellas, á veces, el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas: dejen pasar los boticarios. ¿Boticarios pasar? (dije yo entre mí) al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar, é imposible de salir por ella.

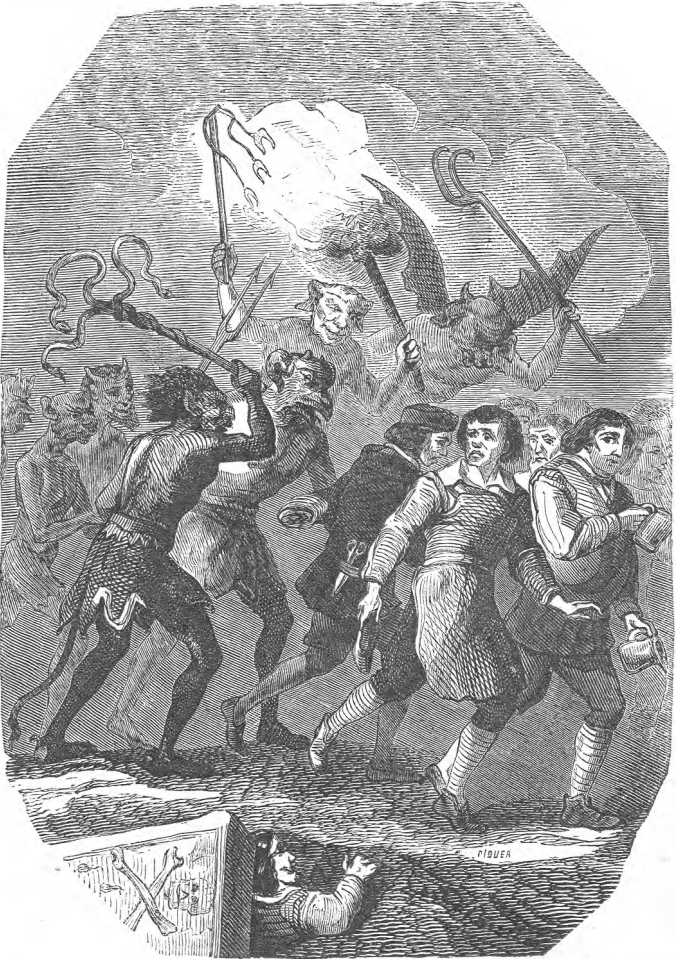
Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: Al infierno vamos; y todos estando en él, dijeron muy espantados: en el infierno estamos. ¿En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser. Quíselo poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo, los parientes, los amigos, los conocidos, las damas; y estando llorando esto, volví la cara hácia el mundo, y

ví venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto habia conocido allá, poco menos. Consolóme algo ver esto, y que se daban prisa á llegar al infierno, y estarían conmigo presuroso. Comenzóse á hacer áspera la morada y desapacibles los zanguanes.

Fuí entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallé llamados siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre, díjele y pasé. Llegaron á mis compañeros, y dijeron que eran remendones. Y dijo uno de los diablos que deben entender los remendones en el mundo, que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá. Preguntó otro diablo cuántos eran? Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado, entre cano: ciento, y sastres? no pueden ser tantos pocos: la menor partida que habemos recibido ha sido mil ochocientos. En verdad que estamos por no recibirlos. Afligióronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuales son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio y de mal pelo: dió un salto en viéndose allá, y dijo: ahora acá estamos todos. Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo: allá va leña. Por curiosidad me llegué á él, y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras): yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestras me hice corcovado y cojo: he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho mas apriesa que yo los puedo traer. En esto hizo otro vómito de ellos el mundo, y hubo de entrarme, porque no habia donde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó á traspalar; y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno remendones de todo oficio, gente que solo tiene de bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro, cuando por mi mismo nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medroso como ellos, y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar mas de lo que la llama que le daba pena y atormentaba me permitia. ¿No me conoce? me dijo, á... (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre, el librero? Pues yo soy. ¡Quién!

OBRAS DE QUEVEDO.



tal pensara! Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros; pues todos los cuerpos que tenia eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decia: aquí se vende tinta fina, papel batido y cortado, pudiera condenar á otro que hubiera menester mas apetitos por ello. ¿Qué quiere? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia, que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos librereros, nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos del latin, sabiendo ya con ellos los tontos, lo que encarecian en otros tiempos los sabios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza. Mas iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos de ellos. Yo que ví que ya no hablaba, fuíme adelante, diciendo entre mí: si hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagos azotándolos. Pregunté que gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo, que quisiera mas (á manera de decir) lidiar con lacayos, porque habia cochero de aquellos, que pedia aun dineros por ser atormentado: y que la tema de todos era, que habian de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabian chasquear los azotes tan bien como ellos. ¿Qué causa hay para que estos penen aquí? dije. Y tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo: Señor, porque siendo pícaros, nos venimos al infierno á caballo y mandando. Aquí le replicó el diablo: ¿Y por qué callais lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitásteis en un oficio tan vil? Dijo un cochero (que lo habia sido de un caballero, y aun esperaba que lo habia de sacar de allí): No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte; pues no llegaron á poner cotas y sayos baqueros, hábitos largos y valona, en forma de cuellos bajos. ¿Cómo supieran condenarse las mujeres de los pícaros en su rincon, si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay mujer de estos, de honra postí-

za, que se fué por su pié al dón, y por tirar una cortina é ir á una testera, hartará de ánimas á Perobotero. Así? (dijo un diablo) soltóse el cocherillo, y no callará en diez años. ¿Qué he de callar, dijo, si nos tratais de esta manera, debiendo regalarnos? Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pié, llena de lodos, como los siempre rotos escuderos, zaqueando y despeados; sino zahumada, descansada, limpia y en coche. Por otros lo hiciéramos, que lo supieran agradecer. Pues decir que merezco yo eso, por barato y bien hablado y aguanoso, ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos; no se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento. Llegó á tanto, que para casarse y saber si una era doncella, se hacia informacion si habia entrado en él, porque era señal de corrupcion; y tras de esto me das este pago? Via, dijo un demonio mulato y zurdo; redobló los palos y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros, que andaban por allí.

Y lleguéme á unas bóvedas, donde comencé á tiritar de frio, y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frio en el infierno, qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: Señor, este frio es de que en esta parte están recogidos los bufones, truanes y juglares chocarreros, hombres por demás, y que sobran en el mundo, que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaria el dolor del fuego. Pedíle licencia para llegar á verlos, diómela, y calofriado llegué, y ví la mas infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habian dicho acá; y entre los bufones ví muchos hombres honrados, que yo habia feñido por tales: pregunté la causa, y respondiome un diablo, que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo: ¿Cómo se condenaban? y me respondieron: Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y cama hecha, como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para sí, y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos, y por la mayor parte en vida los mas ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arran-

car los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas, ó pelar las cejas : y así cuando acá los atormentamos, muchos de ellos, despues de las penas, solo echan menos las pagas. ¿Veis aquí? me dijo; pues mal juez fué, y está entre los bufones, pues por dar gusto, no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuer-tos, los hizo vizcos. Aquel fué marido descuidado, y está tambien entre los bufones, porque por dar gusto á todos vendió el que tenia con su esposa, y tomaba á su mujer en dineros, como racion, y se iba á sufrir. Aquella mujer, aunque principal, fué juglar, y está entre los truhanes, porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin, de todos estados entran en el número de los bufones, y por esto, hay tantos, que bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andais riendo de los otros; y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera de estos hay bufones desgranados, y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno, y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimos son los faranduleros miserables de bululu; y de estos os certifico, que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me ví suelto, entréme por un corral adelante, y he-dia á chinchas que no se podia sufrir. A chinchas hiede? dije yo, apostaré que alojan por aquí los zapateros; y fué así, porque luego sentí el ruido de los bojes, y ví los trinchetes. Tapéme las narices, y asoméme á la zahurda donde estaban; y habia infinitos. Díjome el guardian: estos son los que vinieron consigo mismos, digo en cueros; y como otros se van al infierno por su pié, estos se van por los agenos y por los suyos, y así vienen tan ligeros. Y doy fé de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico, ni grande; y que mintió Virgilio en decir que habia mirtos en el lugar de los amantes, porque no ví selva ninguna, sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de bojes, que no se gasta otra madera en sus edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos paste-ros que se les arrimaban á las puertas, que no cabian en un silo, donde estaban tantos, que andaban mil diablos con piones ates-tando almas de pasteleros, y aun no bastaban. ¡Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin co-

nocer mujer , tratando mas en huesos! Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo: Ladrones, ¿quién merece infierno mejor que vosotros, pues habeis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañuelos los de á real, sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicisteis comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fué el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habeis hecho ginetes, y qué de estómagos habeis traído á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejais, siendo gente antes condenada que nacida, los que haceis así vuestros oficios? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced, y callad enhoramala, que mas hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo á mí, que tenemos que hacer estos y yo.

Partíme de allí, y subíme por una cuesta, donde en la cumbre, y al rededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendian los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho mas; que aun allá tienen este oficio, son abanicos de culpas, y resuello de la provincia, y vaharada de verdugo.

Ví un mercader que poco antes habia muerto. ¿Acá estais? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera mas haber tenido poca hacienda, y no estar aquí? Dijo en esto uno de los atormentadores: Pensaron que no habia mas, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son , dijo, los que han ganado, como buenos caballeros, el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. ¿Mas quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometia estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos á estos nublados , que los atormentan con rayos. Y si quieres acabar de saber como estos son los que sirven allá á la locura de los hombres, juntamente con los plateros y buhoneros , has de advertir, que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un dia; todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera, que en el diamante, oro y sedas diferentes, pagamos mas lo inútil, demasiado y

raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora, que la cosa que mas cara se os vende en el mundo, es lo que menos vale, que es la vanidad que teneis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos. Tenia talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante movido de admiracion de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. ¿Qué es esto? dije: cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas; el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas. El otro traía valenes, y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundian siete ú ocho mil diablos de risa; y ellos se enojaban mas. Lleguéme mas cerca por oírlos, y oí al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decía: Pues si mi padre se decía tal cual, y soy nieto de Esteban cuales y tales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre Doña Rodriga desciendo de cinco catedráticos, los mas doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? y tengo mi ejecutoria, y soy libre de todo, y no debo pagar pecho. Pues pagad espalda, dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ella, que le derribó de la cuesta; y luego le dijo: Acabaos de desengañar, que el que descende del Cid, de Bernardo, y de Gofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal mas destruye el linaje que le hereda. Toda la sangre (hidalguillo) es colorada; parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que descendéis del docto, cuando lo fuéredes, ó procurarédes serlo; y si no vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida: que en la chanchillería del infierno arrúgase el pergamino, y consúmense las letras. Y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos; pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitacion, se hace noble á sí, y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajais á los villanos, moros y judíos, como si en estos no cupieran las virtudes que vosotros despreciais. Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres: la primera la nobleza: la segunda la honra: la tercera la valentía. Pues es cierto que os contentais con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza, para decir la teneis vosotros, siendo inútil parte del mundo.

Acierta á tener muchas letras, el hijo del labrador: es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios; y los caballeros que descenden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren (¡ved qué ciegos!) que les valga á ellos viciosos la virtud agena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia. Carcomióse el hidalgo de oír estas cosas, y el caballero que estaba á su lado se afligia, pegando los abanillos del cuello, y volviendo las cuchilladas de las calzas.

¿Pues qué diré de la honra mundana? Que mas tiranías hace en el mundo, y mas daños, y la que mas gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con que vestirse, ándase roto y remendado, ó da en ladron, y no lo pide, porque dice que tiene honra; ni quiere servir, porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana, dicen los hombres que es por sustentar honra. ¡Oh lo que gasta la honra! Y llegado á ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabria bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre, ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada se quita á su deseo cuanto pide. Por la honra pasan los hombres el mar. Por la honra mata un hombre á otro. Por la honra gastan todos mas de lo que tienen. Y es la honra mundana, segun esto, una necesidad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veais cuáles sois los hombres desgraciados, y cuán á peligro teneis lo que mas estimais, hase de advertir que las cosas de mas valor en vosotros son la honra, la vida, y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres: la vida en manos de los doctores; y la hacienda en las plumas de los escribanos. Desvaneceos, pues, bien, mortales (dije yo entre mí); ¡y cómo se echa de ver que este es el infierno, donde por atormentar á los hombres con amarguras, les dicen las verdades!

Tornó en esto á proseguir, y dijo: La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla? Pues no habiéndola ninguna en el mundo, sino la caridad con que se vence la fiereza de otros y la de sí mismo, y la de los mártires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos ca-

pitanes valerosos, como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de miedo; pues el que pelea en la tierra por defenderla, pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale á conquistar los que están en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa; y los que no llevan este intento, van vencidos de la codicia. Ved qué valientes á robar oro y á inquietar los pueblos apartados, á quien Dios puso, como defensa á nuestra ambición, mares en medio, y montañas ásperas. Mata uno á otro primero, vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate á él. Así, hombre que todo lo entendeis al revés, bobo llamais al que no es sedicioso, alboratador y maldiciente: sabio llamais al mal acondicionado, perturbador y escandaloso: valiente al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres escondido de las ocasiones, no da lugar á que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningun vicio tiene licencia. ¡Oh pesía tal! (dije yo) mas estimo haber oído este diablo, que cuanto tengo. Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohino: Todo eso se entiende con ese escudero; pero no conmigo, á fé de caballero (y tornó á decir caballero tres cuartos de hora), que es ruin término y descortesía: deben de pensar que todos somos unos. Esto les dió á los diablos grandísima risa. Y luego llegándose uno á él, le dijo que se desenojase, y mirase qué habia menester, y qué era la cosa que mas pena le daba, porque le querian tratar como quien era. Y al punto dijo: Bésoos las manos: un molde para repasar el cuello. Tornaron á reir, y él á atormentarse de nuevo.

Yo, que tenia gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me habia detenido mucho, me partí, y á poco que anduve topé una laguna muy grande como el amor, y mas sucia, adonde era tanto el ruido, que se me desvanecia la cabeza. Pregunté lo que era aquello, y dijéronme, que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron dueñas. Así supe como las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando sin ton, y sin son, húmedas y en cieno, y son propiamente ranas infernales; porque las dueñas, ni son carne ni pescado, como ellas. Dióme gran risa el verlas convertidas en sabandijas, tan pierniabiertas y que no se comen sino de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa y arrugada.

Sali dejando el charco á mano izquierda, á una dehesa, donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenía seis porteros. Pregunté á uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad? Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos á sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios. ¡Ay de mí! dijo en esto uno, que no tuve dia sosegado en la otra vida, ni comí, ni vestí por hacer un mayorazgo; y despues de hecho, por aumentarle; y en haciéndole me morí por no gastar dineros amontonados, y apenas espiré, cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vió que habia ahorrado, viendo que no habia menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mia; y permite Dios que aquí para mas pena le vea desperdiciar lo que yo afané; y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó mas sobre su ánima, y se condenó por cosas de mas importancia? ¿Quereis saber, dijo un demonio, que tanta verdad es esa? Tienen ya por refran en el mundo contra estos miserables, decir: Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno. Apenas oyeron esto, cuando se pusieron todos á aullar y darse de bofetones. Hiciéronme lástima, no lo pude sufrir y pasé adelante.

Y llegando á una cárcel oscurísima, oí grande ruido de cadenas y grillos, fuego, azotes, y gritos. Pregunté á uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y dijéronme que era el cuarto de los de: Oh quién hubiera! No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de: ¿Oh quién hubiera? Dijo al punto: Son gente necia, que en el mundo vivia mal, y se condenó sin entenderlo; y ahora acá, se les va todo en decir: ¡Oh quién hubiera oido misa! ¡Oh quién hubiera callado! ¡Oh quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh quién no hubiera hurtado! Huí medroso de tan mala gente y tan ciega, y dí en unos corrales con otra peor. Pero admiróme mas el título con que estaban aquí, porque preguntádoselo á un demonio, me dijo: Estos son los de: Dios es piadoso. Dios sea conmigo, dije al punto: ¿Pues cómo puede ser que la misericordia condene, siendo eso de la justicia? Vos hablais como diablo. Y vos (dijo el maldito) como ignorante, pues no sabeis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios; y sino mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal

hecho y se lo reprenden, pasan adelante y dicen: Dios es piadoso y no mira en niñerías: para eso es la misericordia de Dios tanta; y con esto, mientras ellos haciendo mal esperan en Dios, nosotros lo esperamos acá. ¿Luego no se ha de esperar en Dios y en su misericordia? dije yo. No lo entiendes, me respondieron, que de la piedad de Dios se ha de fijar, porque ayuda á buenos deseos, y premia buenas obras, pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones; que se burlan á sí las almas que consideran la misericordia de Dios encubridora de maldades, y la aguardan como ellos la han menester, y no como ella es, purísima é infinita en los santos y capaces de ella: pues los mismos que mas en ella están confiados son los que menos la dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia, que no la merecen ellos: y en los mas es así, pues nada de su mano pueden sino por favor, y el hombre que mas hace es procurar merecerla. Porque no os desvanezcais, y sepais que aguardais siempre al postrero dia lo que quisiérades haber hecho al primero, y que las mas veces está pasando por vosotros lo que temeis que ha de venir; esto se ve y se oye en el infierno. ¡Ah lo que aprovecha allá uno de estos escarmentados!

Diciendo esto, llegué á una caballeriza, donde estaban los tintoreros, que no averiguara un pesquisidor quienes eran, porque los diablos parecian tintoreros y los tintoreros diablos. Pregunté á un mulato, que á puros cuernos tenia hecha espetera la frente, ¿que dónde estaban los sodomitas, las viejas y las cornudos? Dijo: En todo el infierno están, que esa es gente, que en vida son diablos, pues es su oficio traer corona de hueso. De los sodomitas y viejas, no solo no sabemos de ellos, pero ni querríamos saber que supiesen de nosotros, que en ellos peligran nuestras asentaderas; y los diablos por eso traemos colas, porque como aquellos están acá, habemos menester mosqueador de los rabos. De las viejas, porque aun acá nos enfadan y atormentan, y no hartas de vida, hay algunas que nos enamoran: muchas han venido acá muy arrugadas, canas y sin diente ni muela, y ninguna ha venido cansada de vivir. Y otra cosa mas graciosa, que si os informais de ellas, ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y legañosa de pura edad

y de puro vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce; que está jivada de un golpe, y no confesará que son años, si pensara remozar por confesarlo.

Junto á estos estaban unos pocos dando voces, y quejándose de su desdicha. ¿Qué gente es esta? pregunté; y respondiome uno de ellos: Los sin ventura, muertos de repente. Mentís, dijo un diablo, que ningun hombre muere de repente; de descuidado y divertido sí. ¿Cómo puede morir de repente quien desde que nace, ve que va corriendo por la vida y lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa veis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los púlpitos, y leéis en los libros? ¿A qué volveis los ojos, que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece y hasta el sueño cada dia os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo, si siempre lo andan avisando tantas cosas? No os habeis de llamar, no, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podía morir así, sabiendo con cuan secretos piés entra la muerte en la mayor mocedad, y que en una misma hora, en dar bien y mal, suele ser madre y madrastra.

Volví la cabeza á un lado, y ví en un seno muy grande apretura de almas, y dióme un mal olor. ¿Qué es esto? dije; y respondiome un juez amarillo que estaba castigándolos: Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote: gente, que como otros buscan ayudas para salvarse, estos las tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas, que no Demócrito Abderita en la Arte Sacra, Avicena, Jever, ni Raimundo Lull, porque ellos escribieron como de los metales se podia hacer oro, y no lo hicieron ellos: y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer despues acá; pero estos tales boticarios, de la agua turbia (que no clara) hacen oro, y de palos: oro hacen de las moscas y del estiércol: oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento. Así que solo para estos puso Dios virtud en las yerbas, piedras y palabras, pues no hay yerba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta; ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sirviendo de mo-

leta. En las palabras tambien, pues jamás á estos les falta cosa que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matiolo aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no habia de ser boticario sino armero; ni sus tiendas no se habian de llamar boticas, sino armerías de los doctores, donde el médico toma la daga de los lame-dores, el montante de los jarabes, y el mosquete de la purga maldita, demasiada, recetada á mala sazon y sin tiempo. Allí se ve todo esmeril de unguentos, la asquerosa arcabucería de melecinas, con municion de calas. Muchos de estos se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tengan con qué enterrarse.

Y si quereis reir, ved tras ellos los barberillos como penan, que en subiendo esos dos escalones están en ese cerro. Pero pasé allá, y ví (¡qué cosa tan admirable, y qué justa pena!) los barberos atados, las manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ansia natural de pasacalles á tañer, la guitarra le huia; y cuando volvía abajo á dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez; y esta era su pena. No entendí salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso de ellos, aun para atormentarlos; y estábales diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen á otros. ¿Quién son? le pregunté. Dijo el diablo: Hablando con perdon, los zurdos: gente que no puede hacer cosa á derechas, quejándose de que no están con los otros condenados; y acá dudamos si son hombres ú otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de mal agüero: pues si uno va á negociar zurdos, se vuelve como si topara un cuervo ú oyera una lechuza. Y habeis de saber que cuando Scévola se quemó el brazo derecho, porque erró á Pórcena, fué no por quemarle y quedar manco; sino queriendo hacer en sí un gran castigo, dijo: ¿Así, que erré el golpe? Pues en pena he de quedar zurdo. Y cuando la justicia manda cortar á uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerle zurdo, no el golpe. Y no querais mas, que queriendo el otro echar uno maldicion muy grande, fea y afrentosa, dijo: Lanzada de moro izquierdo te atravesé el corazon; y en el dia del juicio todos los

condenados, en señal de serlo, estarán á la mano izquierda. Al fin es gente hecha al revés, y que se duda si son gente.

En esto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Lleguéme á él, y asoméme á una ventana, y dijo: Mira lo que hacen las feas; y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohó, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con el color, eran los con que nacieron ellas. Y ví algunas poblando sus calvas con cabellos, que eran suyos solo porque los habian comprado. Otra ví que tenia su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color. Y no querais mas de las invenciones de las mujeres (dijo un diablo), que hasta el resplandor tienen, sin ser soles ni estrellas. Las mas duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado; y duermen con unos cabellos, y amanecen con otros. Muchas veces pensais que gozais las mujeres de otro, y no pasais el adulterio de la carne. Mirad como consultan con el espejo sus caras. Estas son las que se condenan solamente por buenas siendo malas. Espantóme la novedad de la causa con que se habian condenado aquellas mujeres; y volviendo ví un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las mas desesperadas voces que oí en el infierno, llorando, el propio corazon haciéndose pedazos á golpes y á vuelcos. ¡Válgame Dios! dije en mi alma: ¿de qué se queja este no atormentándole nada? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces. Díme, dije yo, ¿quién eres, y de qué te quejas si ninguno te molesta, si el fuego no te arde, ni el hielo te cerca? ¡Ay! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mia: ¿verdugos te parece que me faltan? ¡Triste de mí, que los mas crueles están entregados á mi alma! ¿No los ves? dijo; y empezó á morder la silla, y á dar vueltas alrededor y gemir. Ves lo que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas.

¡Ay que terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié, y de los males que hice! ¡Qué representacion tan continua! Déjame tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que

otros gozan á menos costa que yo mis penas. ¡Oh qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma y cuando estos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: véisme aquí miserable y perpetuo alimento de sus dientes. Y diciendo esto salió la voz: ¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas y sus verdugos á mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos. Tornó amortecido á su ejercicio con mas muestras de dolor. Apartéme de él medroso diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razon, y doctrina, y buen entendimiento, mal aprovechado! ¡Quién se lo vió llorar solo, y tenia dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo esto, á una gran compañía, donde penaban en diversos puestos muchos, y ví unos carros en que traian atenaceando muchas almas, con pregones delante. Lleguéme á oír el pregon y decia: Estos manda Dios castigar por escandalosos, y porque dieron mal ejemplo. Y ví á todos los que penaban, que cada uno los metia en sus penas, y así pasaban las de todos, como causadores de su perdicion. Pues estos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, y de quienes dijo Dios que les valiera mejor no haber nacido.

Pero díome risa ver unos taberneros, que se andaban sueltos por todo el infierno, penando sobre su palabra, sin prision ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando ¿por qué á esos solos los dejan andar sueltos? Dijo un diablo: Y les abrimos las puertas; que no hay para que temer que se irá del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias por venir. Fuera de que los taberneros, trasplantados acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos solo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen.

Pero si quereis saber notables cosas, llegaos á aquel cerco, y vereis en la parte del infierno mas honda á Judas, con su familia descomulgada de malditos dispenseros. Hícelo así, y ví á Judas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos y

sin cara. No sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirojo, como le pintan los extranjeros por hacerle español, porque él me pareció capon; y no es posible menos, ni que tan mala inclinacion y ánimo tan doblado se hallase sino en quién (por serlo) no fuese ni hombre ni mujer. ¿Y quién sino un capon tuviera tan poca desvergüenza? ¿Y quién sino un capon pudiera condenarse por llevar las bolsas? ¿Y quien sino un capon tuviera tan poco ánimo que se ahorcase, sin acordarse de la mucha misericordia de Dios? Ello yo creo por muy cierto lo que fuere verdad; pero capon me pareció que era Judas. Y lo mismo digo de los diablos, que todos son capones, sin pelo de barba, y arrugados: aunque sospecho, que como todos se quemán, el estar lampiños es de chamuscado el pelo con el fuego, y lo arrugado del calor; y debe ser así, porque no ví ceja ni pestaña, y todos eran calvos.

Estaba pues, Judas, muy contento de ver cuan bien lo hacian algunos despenseros en venírsele á cortejar y á entretener (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar). Miré mas atentamente, y fuíme llegando donde estaba Judas, y ví que la pena de los despenseros era, que como á Ticio le come un buitre las entrañas, á ellos se las descarnaban dos aves, que llaman sisones. Y un diablo decia á voces de rato en rato: Sisones son despenseros, y los despenseros sisones. A este pregon se estremecian todos, y Judas estaba con sus treinta dineros atormentándose. Yo le dije: Una cosa queria saber de tí: ¿por qué te pintan con botas, y dicen por refran las botas de Judas? No porque yo las traje (respondió); mas quisieron significar poniéndome botas, que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser despensero; y así se han de pintar todos los que lo son. Esta fué la causa, y no lo que algunos han colegido de verme con botas, diciendo que era portugués, que es mentira, que yo fuí... (y no me acuerdo bien de donde me dijo que era, si de Calabria, si de otra parte). Y has de advertir que yo solo soy el despensero que se ha condenado por vender, que todos los demás (fuera de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fuí traidor y maldito en dar á mi maestro por tan poco precio, tienes razon; y no podia hacer yo otra cosa, fiándome de gente como los judíos, que era tan ruin, que pienso que si pidiera un dinero

mas por él no me lo tomaran. Y porque estás muy espantado, y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, vé ahí debajo y verás muchísimos tan malos. Vete, dijo, que ya basta de conversacion, que no los oscurezco.

Dices la verdad, le respondí, y acogíme donde me señaló y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas, echando del infierno muchas mujeres hermosas, y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querian echar del infierno á aquellos solos; y dijo un demonio: Porque eran de grandísimo provecho para la poblacion del infierno en el mundo: las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres; y los letrados con buenas caras y malos pareceres: y que así los echaban, porque trajesen gente.

Pero el pleito mas intrincado, y el caso mas difícil que yo ví en el infierno, fué el que propuso una mujer condenada, con otras muchas, por malas, enfrente de unos ladrones; la cual decia: Decidnos, señor, ¿cómo ha de ser esto de dar y recibir, si los ladrones se condenan por tomar lo ageno, y la mujer por dar lo suyo? ¡Aquí de Dios! que el ser puta, es ser justicia. Si es justicia el dar á cada uno lo suyo, pues lo hacemos así, ¿de qué nos culpan? Dejé de escucharla, y pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

¡Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino! Respondióme un verdugo: Bien creo yo que no toparíades ninguno por él. ¿Pues qué hacen? ¿Sálvanse todos? No, dijo; pero dejan de andar, y vuelan con plumas; y el no haber escribanos por el camino de la perdicion, no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar, llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino. Y acá, dije yo, ¿cómo no hay ninguno? Si hay, me respondió; mas no usan ellos de nombre de escribanos, que acá por gatos los conocemos. Y para que echeis de ver qué tantos hay, no habeis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no hay un raton en toda ella, que ellos los cazan.

¿Y los alguaciles malos no están en el infierno? Ninguno está en el infierno, dijo el demonio. ¿Cómo puede ser, si se condenan

algunos malos entre muchos buenos que hay? Dígoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo, aun en vida, está todo el infierno en él. Santigiéme, y dije: Brava cosa es lo mal que los quereis los diablos á los alguaciles. ¿No los habemos de querer mal, pues segun son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir á hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas: y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer á ahorrarse de diablos, y despedirnos á nosotros por recibirlos á ellos?

No quise en esta materia escuchar mas, y así me fuí adelante, y por una red ví un amenísimo cercado todo lleno de almas, que unas con silencio, y otras con llanto, se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiramiento de los enamorados. Jemí tristemente viendo que aun en la muerte no dejan los suspiros. Unos serrespondian en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡Oh qué número de ellos echaban la culpa de su perdicion á sus deseos, cuya fuerza, ó cuyo pincel les mintió las hermosuras! Los mas estaban descuidados por *penseque*, segun me dijo un diablo. ¿Quién es *penseque*? dije yo; ¿ó qué género de delito? Rióse, y replicó: No es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos semblantes; y luego dicen: Pensé que no me obligara: pensé que no me amartelara: pensé que ella me diera á mí, y no me quitara: pensé que no tuviera otro con quien yo riñera: pensé que me adoraba; y así todos los amantes en el infierno están por *penseque*. Estos son la jente en quien mas ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que menos sabian de sí. Estaba en medio de ellos el amor lleno de sarna con un rótulo que decía:

No hay quien este amor no dome,
Sin justicia, ó con razon,
Porque es sarna y no aficion,
Amor que se pega y come.

¿Cóplica hay? dije yo: no andan léjos de aquí los poetas, cuando volviéndome á un lado veo una bandada, hasta cien mil de ellos, en una grande jaula, que llaman los Orates en el infierno. Volví á mirarles y díjome uno, señalando á las mujeres: ¿Qué digo, esas señoras hermosas, todas se han vuelto medio camareras de los hombres, pues los desnudan y no los visten? ¿Conceptos gastais, aun estando aquí? Buenos cascos teneis, dije yo; cuando

uno entre todos que estaba aherrojado, y con mas penas que todos, dijo: ¡Plegue á Dios, hermano, que así se vea el que inventó los consonantes! pues porque en un

SONETO

Dije que una señora era absoluta;
y siendo mas honesta que Lucrecia,
por dar su ai cuarteto, la hice puta;
Forzóme el consonante á llamar necia
á la de mas talento y mayor brio:
¡Oh ley de consonantes dura y recia!

Habiendo en un terceto dicho lo,
un hidalgo afronté tan solamente
porque el verso acabó bien en judío.

A Herodes otra vez llamé inocente,
mil veces á lo dulce hice amargo,
y llamé al apacible impertinente.

Y por el consonante tengo á cargo
otros delitos torpes, feos y rudos;
y llega mi proceso á ser tan largo,

Que porque en una octava dije escudos,
hice, sin mas ni mas, siete maridos,
con honradas mujeres, ser cornudos.

Aquí nos tienen, como ves, metidos,
y por el consonante condenados.
¡Oh míseros poetas desdichados,
á puros versos, como ves, perdidos!

¡Hay tan graciosa locura, dije yo, que aun aquí estais sin dejarla, ni cansaros de ella! Oh qué ví de ellos! Y decia un diablo: Esta es gente que canta sus pecados, como otros los lloran; pues en amancebándose, con hacerla pastora ó mora, la sacan á la vergüenza en un romancito por todo el mundo. Si las quieren á sus damas, lo mas que las dan es un soneto ó unas octavas; y y si las aborrecen ó las dejan, lo menos que las dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio! Y es gente que apenas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles. Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oiré algo que me pese.